

# JEFFREY ARCHER



Prisionero  
de sus orígenes

Si Danny Cartwright le hubiese propuesto matrimonio a Beth Wilson un día antes, no habría sido arrestado y acusado por el asesinato de su mejor amigo. Los cuatro testigos de la acusación son un abogado, un popular actor, un aristócrata y el socio más joven que ha tenido en toda su historia un famoso bufete, así que, ¿quién va a creer la versión de Danny?

Danny es condenado a una pena de 22 años y enviado a la prisión Belmarsh, la cárcel de máxima seguridad más férrea del país, de la que ningún preso ha escapado jamás. Sin embargo, Spencer Craig, Lawrence Davenport, Gerald Payne y Toby Mortimer subestiman la resolución de Danny de cobrarse venganza, así como la implacable voluntad de Beth a la hora de buscar justicia. Por ello, los cuatro protagonistas tendrán que luchar por sus vidas.

*Para Jonathan y Marion*

## **Agradecimientos**

Me gustaría agradecer a las siguientes personas y entidades sus valiosos consejos y su ayuda con este libro: al honorable Michael Beloff, Consejero de la Reina; Kevin Robinson, Simon Bainbridge, Rosie de Courcy, Mari Roberts, Alison Prince y Billy Little (BX7974), a la prisión de alta seguridad Whitemoor, a Licenciatura del Victoria College of Music and Drama (con honores) y a los diplomados de Ciencias, Ciencias Sociales, Políticas Sociales y Criminología de la Universidad Abierta de Londres.

## PRÓLOGO

–Sí –dijo Beth.

Intentó demostrar sorpresa, pero no le salió bien, porque aún iba al instituto cuando decidió que algún día se casarían. Sin embargo, sí que le asombró que Danny hincara la rodilla en mitad de un restaurante atestado de gente.

–Sí –repitió Beth, con la esperanza de que se levantara y que todos los presentes dejaran de comer y se volvieran a mirarlos. Pero no se movió. Danny permaneció con la rodilla hincada y, como si de un prestidigitador se tratara, sacó una cajita de la nada. La abrió para revelar un sencillo anillo de oro con un único diamante engarzado. El diamante era mucho más grande de lo que Beth se esperaba, aunque su hermano ya le hubiera avisado de que Danny se había gastado en él dos sueldos.

Cuando Danny se incorporó por fin, volvió a pillarla desprevenida. Se puso a marcar un número en el móvil casi de inmediato. Beth sabía a la perfección quién respondería al otro lado de la línea.

–¡Ha dicho que sí! –anunció Danny, triunfal. Beth sonrió y colocó el diamante bajo la luz para verlo mejor—. ¿Por qué no nos acompañas? –añadió antes de que ella pudiera impedirselo—. Genial, quedamos en la vinoteca de Fulham Road, a la que fuimos el año pasado después del partido del Chelsea. Nos vemos ahí, colega.

Beth no protestó. Al fin y al cabo, Bernie no solo era su hermano, sino amigo de toda la vida de Danny, y probablemente ya le hubiera pedido que fuera su padrino.

Danny colgó y le pidió la cuenta a un camarero que pasaba. El maitre los abordó entonces.

–Corre a cargo de la casa –dijo, y les dedicó una sonrisa amable.

Por lo que parecía, aquella iba a ser una noche de sorpresas.

Cuando Beth y Danny entraron en Dunlop Arms, vieron a Bernie sentado en una mesa esquinera con una botella de champán acompañada de tres copas.

–Estupenda noticia –los felicitó antes incluso de que se sentaran.

–Gracias, tío –dijo Danny, y le estrechó la mano a su amigo.

–Ya he llamado a mamá y papá –dijo Bernie mientras descorchaba la botella y llenaba las tres copas–. No se han sorprendido ni un poquito, pero es que era el secreto peor guardado de Bow.

–No me digas que ellos también vienen –dijo Beth.

–Ni en broma –dijo Bernie, y alzó su copa–, de momento solo me tienes a mí. Por una larga vida juntos y porque el West Ham gane la copa.

–Bueno, al menos una de las dos cosas es posible –dijo Danny.

–Creo que, si pudieras, te casarías con el West Ham –dijo Beth a su hermano con una sonrisa.

–Podría ser peor –dijo Bernie.

Danny rio.

–Yo voy a estar casado con los dos el resto de mi vida.

–Salvo los sábados por la tarde –le recordó Bernie.

–Y quizá incluso tengas que sacrificar unos cuantos cuando le tomes el relevo a papá –dijo Beth.

Danny frunció el ceño. Había ido a visitar al padre de Beth a la hora del almuerzo y le había pedido la mano de su hija. En el East End, ciertas tradiciones estaban muy arraigadas. El señor Wilson no podría haberse mostrado más entusiasmado ante la idea de que Danny se convirtiera en su yerno, pero le dijo que había cambiado de idea sobre algo que Danny creía que ya habían acordado.

—Y si piensas que te voy a llamar jefe cuando le tomes el relevo a mi viejo —dijo Bernie, interrumpiendo sus pensamientos—, ya te puedes ir olvidando.

Danny no dijo nada.

—¿Ese es quien yo creo que es? —preguntó Beth.

Danny se fijó en los cuatro hombres que había en la barra.

—La verdad es que se le parece.

—¿A quién se le parece? —preguntó Bernie.

—Al actor que interpreta al doctor Beresford en La receta.

—Lawrence Davenport —susurró Beth.

—Puedo ir a pedirle un autógrafo, si queréis —se ofreció Bernie.

—De ninguna manera —dijo Beth—. Aunque mamá no se pierde ni un episodio.

—Creo que te gusta —dijo Bernie, subiéndose las gafas por la nariz.

—No, no me gusta —dijo Beth en un tono ligeramente elevado, lo que hizo que uno de los hombres de la barra se girara hacia ellos—. Y, de todas maneras —añadió, y sonrió a su prometido—, Danny es mucho más guapo que Lawrence Davenport.

—En sus sueños —dijo Bernie—. Hermanita, no te creas que porque hoy tu novio se haya afeitado y se haya lavado el pelo para variar eso se vaya a convertir en costumbre. Ni de coña. Que no se te olvide que tu futuro esposo trabaja en el East End, no en la City.

–Danny podría ser lo que él quisiera –dijo Beth, y le tomó la mano.

–¿Y qué prefieres, hermanita? ¿Magnate o pringado? –dijo Bernie, con una palmadita en el brazo de Danny.

–Danny tiene ideas para el taller que te harían...

–Shhh –dijo Danny mientras rellenaba la copa de su amigo.

–Más le vale, porque casarse no es barato –dijo Bernie –. Para empezar, ¿dónde vais a vivir?

–Venden un apartamento en un bajo justo aquí al lado –dijo Danny.

–Pero ¿tenéis suficiente ahorrado? –quiso saber Bernie –. Porque los bajos no son baratos, ni siquiera en el East End.

–Entre los dos hemos ahorrado lo suficiente para dar una señal –dijo Beth–, y cuando Danny le tome el relevo a papá...

–Brindemos por eso –dijo Bernie, pero se dio cuenta de que la botella estaba vacía–. Mejor pido otra.

–No –dijo Beth, seria–. Yo mañana tengo que estar en el trabajo a mi hora, aunque vosotros no.

–A la mierda –dijo Bernie–. Mi hermanita no se promete todos los días con mi mejor amigo. ¡Otra botella! –pidió.

El camarero sonrió y sacó una segunda botella de champán del frigorífico que había debajo de la barra. Uno de los hombres apostados junto a ella miró la etiqueta.

–Pol Roger –comentó antes de añadir en voz lo suficientemente alta como para que pudieran oírlo–. Para esa gente, menudo desperdicio.

Bernie se levantó de la silla de un salto, pero Danny lo obligó a sentarse inmediatamente.

–No les hagas caso –le dijo–, no merece la pena.

El camarero se apresuró a servirles.

–Mejor tengamos la fiesta en paz, colegas –dijo mientras descorchaba la botella–. Están celebrando el cum-



pleaños de uno de ellos, y la verdad es que se les ha ido la mano con la bebida.

Beth se fijó en los cuatro hombres mientras el camarero les rellenaba las copas. Uno la estaba mirando. Le guiñó un ojo, abrió la boca y se pasó la lengua por los labios. Beth se dio media vuelta a toda prisa, y le alivió ver que Danny y su hermano seguían charlando.

–Bueno, ¿y adónde os vais a ir de luna de miel?

–A Saint Tropez –dijo Danny.

–Eso os va a costar un dineral.

–Y, esta vez, no estás invitado –dijo Beth.

–La zorrilla está bastante bien hasta que abre la boca –dijo una voz procedente de la barra.

Bernie se incorporó de nuevo y vio que dos de los tipos se le encaraban con actitud desafiante.

–Están borrachos –dijo Beth–. No les hagas caso.

–Ay, no sé –dijo el otro hombre–. A veces las putitas me gustan más cuando abren la boca.

Bernie agarró la botella vacía, y Danny tuvo que emplear todas sus fuerzas para retenerlo.

–Quiero irme –dijo Beth, seria–. Lo que menos necesito es que un puñado de pijos de colegio privado me arruine la celebración de mi pedida de mano.

Danny se levantó al instante, pero Bernie se quedó allí sentado, bebiéndose su champán.

–Vamos, Bernie, larguémonos de aquí antes de hacer algo de lo que nos arrepintamos –dijo Danny.

Bernie se levantó a regañadientes y siguió a su amigo, pero sin quitarle ojo de encima en ningún momento a los cuatro tipos de la barra. A Beth le tranquilizó comprobar que les estaban dando la espalda y parecían sumidos en su propia conversación.

Pero en cuanto Danny abrió la puerta trasera del local, uno de ellos se volvió.

–¿Así que nos largamos? –dijo. Luego sacó la cartera y añadió–: Cuando hayáis terminado con ella, a mis amigos

y a mí nos queda lo justito para un gang bang.

–Bocazas de mierda.

–¿Por qué no salimos y lo arreglamos afuera?

–Tú primero, Carapolla –dijo Bernie mientras Danny lo empujaba por la puerta y lo sacaba al callejón antes de que pudiera añadir nada más. Beth cerró la puerta tras ellos y enfiló por el callejón.

Danny agarró a Bernie del codo, pero apenas habían dado un par de pasos cuando se lo sacudió de encima.

–Volvamos a darles lo que se merecen.

–Esta noche no –dijo Danny, sin soltar el brazo de Bernie mientras seguía arrastrando a su amigo por el callejón. Cuando Beth llegó a la avenida, vio allí al que Bernie había llamado Carapolla, con una mano a la espalda. La miró con lascivia y volvió a relamerse los labios, y justo en ese momento su amigo dobló la esquina a la carrera, jadeando un poco. Beth dio media vuelta para mirar a su hermano, con las piernas separadas, negándose a ceder. Sonreía.

–Volvamos dentro –le gritó Beth a Danny, pero entonces vio que los otros dos hombres del bar estaban ahora en la puerta y les impedían el paso.

–Que les jodan –dijo Bernie–. Vamos a darles una lección a esos hijos de puta.

–No, no –imploró Beth cuando uno de los hombres se acercó corriendo a ellos por el callejón.

–Tú te ocupas de Carapolla –dijo Bernie– y yo de los otros tres.

Beth vio, horrorizada, cómo Carapolla lanzaba un derechazo que alcanzó a Danny en un lateral del mentón y le hizo caer de espaldas. Se recobró justo a tiempo de frenar el siguiente puñetazo, amagó y lanzó otro que pilló a Carapolla desprevenido. Aterrizó sobre una rodilla, pero volvió a levantarse antes de lanzarle otro derechazo a Danny.

Como los dos tipos que seguían junto a la puerta trase-ra no parecían querer enzarzarse en la pelea, Beth supuso

que no duraría mucho. Poco más que mirar podía hacer mientras su hermano le encajaba un gancho al otro tipo, tan fuerte que casi lo deja inconsciente. Mientras Bernie esperaba a que se levantara, le gritó a Beth:

–Hermanita, haznos un favor: pillá un taxi. Esto no va a durar mucho más, pero en cuanto lo haga tenemos que pirarnos.

Beth se centró en Danny para asegurarse de que le estaba dando a Carapolla su merecido. Carapolla estaba en el suelo, con los brazos y las piernas en cruz, y tenía a Danny encima, a todas vistas en control de la situación. Los miró una última vez antes de obedecer de mala gana a su hermano. Corrió por el callejón y cuando llegó a la calle principal, se puso a buscar un taxi. Apenas tuvo que esperar un par de minutos antes de avistar uno de los reconocibles cartelitos amarillos de LIBRE.

Beth paró al taxista cuando el hombre al que Bernie había noqueado pasó corriendo junto a ella y se perdió en la negrura.

–¿Adónde vas, cielo? –preguntó el conductor.

–A Bacon Road, en Bow –dijo Beth–. Voy con dos amigos, están al llegar –añadió al tiempo que abría la puerta trasera.

El taxista miró tras ella hacia el callejón.

–Creo que no necesitan un taxi, cielo –dijo–. Si fueran amigos míos, llamaría a una ambulancia.

# **LIBRO PRIMERO**

## EL JUICIO

## 1

I nocente.

Danny Cartwright notó que le temblaban las piernas igual que le pasaba a veces antes del primer *round* de un combate de boxeo que sabía que iba a perder. El auxiliar registró su declaración en la denuncia, y, mirándole, dijo:

–Puede sentarse.

Danny se desplomó en una sillita en el centro del banquillo de los acusados, aliviado de que el primer *round* hubiera terminado. Miró al juez, sentado en la otra punta de la sala del juzgado en un sillón de cuero con un respaldo tan alto que parecía un trono. Frente a sí tenía una enorme mesa de roble atestada de carpetas que contenían casos y un cuaderno abierto por una página en blanco. El juez Sackville miró a Danny, y de su expresión no podía extraerse ni compasión ni condena. Se quitó los anteojos con cristales en forma de media luna de la punta de la nariz y dijo con voz autoritaria:

–Que entre el jurado.

Mientras esperaban a que la docena de integrantes, compuesta por hombres y mujeres, entrara en la sala, Danny intentó familiarizarse con los sonidos y las imágenes, tan desconocidas para él, del juzgado número cuatro del Old Bailey, el Tribunal Penal Central de Inglaterra y Gales. Miró a los dos hombres sentados cada uno a un extremo de lo que le habían dicho que era el banquillo de la abogacía. Su joven letrado, Alex Redmayne, alzó la vista y le dedicó una sonrisa amable, pero el hombre de mediana edad que había en la otra punta del banco, a quien el se-

ñor Redmayne siempre se refería como el abogado de la acusación, no le miró ni una sola vez. Danny desvió la mirada entonces a la bancada del público.

Sus padres estaban sentados en primera fila. Los fornidos brazos tatuados de su padre reposaban en la barandilla de la galería, mientras que su madre mantenía la cabeza gacha. De vez en cuando alzaba la vista para mirar a su único hijo.

El caso de la Corona contra Daniel Arthur Cartwright había tardado varios meses en llegar al tribunal. Danny tenía la sensación de que cuando algo caía en manos de la ley, todo comenzaba a suceder a cámara lenta. Y entonces, de repente y sin previo aviso, en la otra punta de la sala se abrió una puerta y por ella apareció un ujier. Iba seguido por los siete hombres y las cinco mujeres a los que habían elegido para decidir su suerte. Entraron en la bancada del jurado y cada uno ocupó el asiento que le habían asignado: seis en la primera fila, seis detrás de ellos, completos extraños que no compartían entre sí más que la lotería de la selección.

Cuando se hubieron acomodado, el auxiliar se levantó de su sitio para dirigirse a ellos.

—Miembros del jurado —les dijo—, el acusado, Daniel Arthur Cartwright, se enfrenta a una condena por el cargo de asesinato. El acusado se declara inocente de tal cargo. Su cometido es evaluar las pruebas y decidir si es culpable o inocente.

## 2

**S**u señoría el juez Sackville miró al banco que tenía justo bajo su vista.

—Señor Pearson, se le autoriza a la apertura del caso para la Corona.

Un hombrecillo bajo y rechoncho se levantó despacio de la bancada de la defensa. El abogado Arnold Pearson, Consejero de la Reina, abrió la gruesa carpeta apoyada en un atril frente a él. Se tocó la peluca raída, casi como para comprobar que no se le hubiera olvidado ponérsela, y luego dio un tirón a las solapas de la toga, una rutina que no había cambiado en los últimos treinta años.

—Con permiso de su señoría —dijo con ademanes lentos y pesados—, represento a la Corona en este caso, mientras que mi colega —comprobó el nombre en la hoja de papel que tenía delante—, el señor Alex Redmayne, se ocupará de la defensa. Presentamos hoy ante su señoría un caso de asesinato. El asesinato premeditado y a sangre fría del señor Bernard Henry Wilson.

Los padres de la víctima estaban sentados en la esquina más recóndita de la última fila de la galería. El señor Wilson miró a Danny, incapaz de ocultar la decepción que rezumaban sus ojos. La señora Wilson tenía la mirada perdida y el rostro pálido. Su aspecto no distaba demasiado del de una plañidera en un funeral. Aunque los trágicos acontecimientos relacionados con la muerte de Bernie Wilson habían cambiado para siempre la vida de dos familias del East End unidas por la amistad desde hacía varias generaciones, apenas sí había tenido impacto más allá de la docena de calles que rodeaban Bacon Road, en Bow.